

Una mirada pastoral sobre la identidad de los jóvenes posmodernos

Cuando un agente de pastoral piensa en el concepto de identidad y en los jóvenes con los se relaciona, seguramente le sugiera un sinfín de elementos simbólicos, relacionales, estéticos, tecnológicos, etc. De hecho, la experiencia nos da a la mayoría, sin necesidad de grandes conocimientos sobre psicología juvenil, una serie de ideas y constataciones. Aunque en este campo ya existen numerosos autores que han abordado la temática¹, creo que es importante también poder tomar en consideración una perspectiva más sociológica. Así, estas líneas son un intento de revisar cómo los jóvenes participan de los cambios de la posmodernidad en relación con los referentes tradicionales de la identidad social. Más allá de una revisión académica se ha pretendido sobre todo resaltar que en los análisis de la realidad pastoral es bueno que se consideren las dificultades pero también las potencialidades que puede suponer el contexto en el que vivimos y, en definitiva, mostrar que contamos muchos elementos a favor para poder nadar a contracorriente que es lo que algunos casos nos supone la labor evangelizadora. La tarea no es fácil, no hay porque negarlo, pero la identidad de Hijos, Hermanos y Siervos que propone Jesús es inmejorable, por lo que mi visión va a ser fundamentalmente optimista o mejor, esperanzada, puesto que los tiempos que nos tocan vivir son abrumadores pero a la vez apasionantes.

Un mundo en proceso de transformación, un mundo de posibilidades

Resulta interesante poder esbozar en primer lugar, en que contexto estos jóvenes van a desenvolverse para ir configurando su identidad y tomando decisiones que les acerquen a la autonomía y la vida adulta. Por ello, pretendo mencionar algunas de las transformaciones que están teniendo lugar en las sociedades actuales y que pueden incidir en la cuestión de la construcción de la identidad. En las últimas décadas se ha venido debatiendo entre numerosos académicos la cuestión de si podíamos hablar o no de la posmodernidad como etapa nueva y diferenciada, o incluso de denominación que debía tener². Seguramente nosotros mismos podamos encontrar que nos hecho nuestra propia idea al respecto. Frente a los que ven esta etapa como la consolidación o intensificación de la modernidad, o los que afirman que en realidad nos encontramos ante un cambio radical de época, creo que personalmente me inclino por la “contramodernización”. (Gil Calvo, 2004). Actualmente se estaría dando un movimiento que emplea lo mismos medios que aquel al que se opone, pero buscando resultados distintos. Desde esta perspectiva podemos hablar de *reacciones contramodernizantes* que han roto la dinámica movilizadora de la modernidad, que se basaba en la tensión entre tradición e innovación como polos extremos. En contraste con la modernidad clásica, “*nuestra experiencia es cada vez menos la de oscilación entre el deseo de cambio y el miedo a la desorientación y más la de vivir en medio de flujos diversos de posibilidades, consecuencias y condiciones*” (García Selgas, 2004, 76). Presente y futuro son ahora abiertos e inestables y a pesar de que en muchos de nosotros sea una tendencia, no tenemos porque caer en un análisis simplista que nos lleve a considerar que “cualquier tiempo pasado fue mejor”.

Uno de los avances más significativos de nuestra época es el surgimiento de las

¹ Desde distintas perspectivas, Erikson, Bandura, Tajfel, Mead, entre muchos otros

² Y de hecho entre los términos que se han propuesto para esta etapa están *modernidad líquida* (Z. Bauman,), *modernidad superior* (J. Beriaín) o *segunda modernidad* (U. Beck), tal y como aparece en su obra *Las consecuencias perversas de la modernidad*.



nuevas tecnologías aplicadas a la información, las comunicaciones y el transporte, lo que está dando lugar a una red de interconexiones sociales, políticas y económicas como antes no se ha conocido, en el sentido de que rompen son las fronteras espaciales y temporales. Están además configurando un nuevo tipo de mundialización, la globalización, que implica que lo que se expanden ya no son las mercancías, las ideas o los estilos de vida, sino el desarrollo mismo de las acciones y a tiempo real (Blanco y García Selgas, 2004).

Desde la perspectiva de un joven esto puede traducirse en la posibilidad de relacionarse de forma sincrónica desde casa con sus amigos, poder adquirir productos de otras partes del mundo a cualquier hora o crear espacios virtuales donde hacer público aspectos más personales de su vida (blogs, redes de amigos, búsqueda de relaciones, webs donde colgar fotos,...); por citar sólo algunos ejemplos. Como ya he dicho, un mundo de riesgos y retos que a su vez de posibilidades que nos invitan a crecer en creatividad y audacia. Y que además, nos piden más que nunca no vivir ajenos al contexto social que nos rodea.

En consecuencia de todo lo dicho, creo que no nos encontramos ante un principio del final de las bases de consolidación de la identidad social de los individuos, sino que creo que quizás ante un cambio revolucionario, cuyo resultado aún estamos lejos de poder dibujar claramente. Estas reflexiones no tienen otro objeto pastoral que recordarnos que la realidad no es tan cruda como pensamos, que tenemos argumentos justificados para pensar que lo nuestro es hacer la mochila e ir con lo fundamental para recorrer el arduo camino de estos tiempos que nos tocan.

La cuestión de las instituciones en la posmodernidad

Incluso aquellos científicos sociales más reacios a considerar la modernidad como superada, no pueden negar que actualmente están teniendo lugar transformaciones sociales, políticas, culturales, tecnológicas, que repercuten como nunca antes en la vida cotidiana de los individuos.

Uno de los ámbitos donde se pueden constatar esos efectos es el de las instituciones que habían servido tradicionalmente para asegurar la reproducción social (iglesia, escuela, familia); en el sentido de haber perdido aparentemente parte de su capacidad para socializar a los individuos. Lo característico de éstas no solo es que contribuyan a la cohesión y la reproducción social, sino que suponen una referencia y seguridad en aspectos normativos y de comportamiento de las personas. Si no existen entidades comunitarias de referencia, el individuo es el único responsable y protagonista en la tarea de definición de pautas de conducta y decisión. Además tratará de dar soluciones desde las posibilidades personales a problemas que se dan en la esfera pública. Esto puede suponer una fuente de frustraciones. Un ejemplo bastante claro es la participación política, que asumida desde el ámbito privado merma la capacidad de los colectivos para encontrar una estrategia de actuación común que sea verdaderamente efectiva (por la falta de movilización social, por ejemplo).

La lógica de la posmodernidad ha contribuido efectivamente a cuestionar el papel de las instituciones como guías para la configuración vital de las biografías personales. Una de sus características es que ofrece numerosos ámbitos sociales y posibilidades para construir o redefinir la vida y tomar elecciones, obligando a las personas a vivir en un proceso constante de adaptación³. Esto afecta más significativamente a la religión, en la medida en que constituía una fuente importante de sentido e interpretación de la realidad y la modernidad ha ido

³ Frases como “renovarse o morir” o “mi vida cambia cada cinco minutos” creo que son reflejo de este fenómeno

erosionando la fuerza de las cosmovisiones (Berger, Berger y Kellner, 1979).

También la globalización ha contribuido con estos procesos puesto que se han intensificado no solo los flujos de ideas, conocimientos o mercancías, sino también la diversidad de sentidos morales y la diferenciación cultural. La complejidad de las interacciones está dando lugar a una erosión en el orden moral de sentido único que tradicionalmente cohesionaba la sociedad. O dicho de otro modo, predomina un *“clima de invisible intercambio significacional, simbólico y referencial, de creciente intensificación de las relaciones humanas, de relativismo moral, de inestabilidad valorativa y de emancipación institucional”* (Canteras, 2004, 9)

Esto estaría en línea con la tesis de la *“pluralización de los mundos de vida social”* (Berger, Berger y Kellner, 1979), fenómeno que va a afectar a lo íntimo de la persona. Al final tiene que volcar en la esfera privada la búsqueda de significaciones y recursos para hacer frente a la multirelacionalidad exterior. Según los citados autores, las estructuras institucionales de la modernidad han generado una serie de descontentos, afectando a la conciencia de los individuos, que se enfrentan a relaciones en constante cambio constituyendo una fuente de alienación y frustración. Yo matizaría que los jóvenes en realidad se dejan arrastrar por la esa multiplicidad y eso les lleva en ocasiones a buscar la relación más a través del chat que cara a cara, o a perder un poco de criterio a la hora de abrir la intimidad (*Myspace, Facebook, Tuenti, Vota mi cuerpo...*). En este último punto si que coincidiría con los autores, que señalan como otro de los rasgos de la juventud el tratar de romper la separación entre vida privada y pública.

Los jóvenes ante estos cambios

En todos los autores que se han ido mencionando se percibe la intuición de que nos movemos, no en mundo, sino en múltiples, cada uno con sus propios esquemas de la realidad, valores, normas. Para cada uno nos vemos en la necesidad desarrollar pautas de adaptación que puede que, en cierta medida, dificulten el desarrollo de una base identitaria sólida que se mantenga ante los múltiples cambios biográficos que podemos experimentar (cambios de pareja o familia, trabajo, amigos, lugar de residencia, etc.). Y más cuando las instituciones que habían servido de soporte están siendo cuestionadas. Esto puede suponer un reto para los que acompañamos a jóvenes y uno de los ejemplos pastorales más claros es la frase (o similares): “Yo en Dios creo, pero no en la Iglesia”. Lo que observo es que solo unos jóvenes muy concretos, con una opción personal por Jesús, con una vinculación concreta a la parroquia, son los que desarrollan esa identificación eclesial más institucional (y no siempre). Sigue siendo un reto para nosotros, los evangelizadores, educar en el amor a la Iglesia y en poder percibirla como madre más que como juez moral de nuestra conducta. En este sentido, pienso que más que entrar en todas las polémicas que muchos nos plantean de forma frontal, quizás sea bueno que vean y vivan lo que nos une a los miembros del Cuerpo de Cristo. En otras palabras, no sirve de nada dejarnos meter en el terreno de las críticas a la Iglesia sin que hayan podido constatar que quizás la imagen que tienen está distorsionada. Hoy creo que la comunión es una de las grandes apuestas de futuro y desde la pastoral de distintos ámbitos se han empezado a constatar sus frutos como lo son las experiencias del trabajo en red... Por aquí pienso que vamos haciendo camino.

Por otra parte, no es extraño pensar que, por la etapa vital en la que se encuentran de definición de la identidad y en ocasiones enfrentamiento con las instituciones o con la autoridad; las importantes transformaciones de la época actual puedan tener una mayor incidencia. Tal y como apunta Erikson (1968), el problema de la identidad cambia con cada período histórico, de la misma manera que están vinculadas las crisis de la vida individual con las crisis históricas contemporáneas. La deslocalización y descapitalización, la sociedad del riesgo, la intensificación de

los flujos migratorios, el debilitamiento de los estados, con la consecuente dificultad para proteger los derechos sociales, la ruptura de las *reglas de juego* internacionales, los cambios en el ámbito laboral y en el familiar, la pérdida de cultura cívica,...; no son ajenos a la vida cotidiana de la persona, que ve como su trayectoria vital sufre profundas alteraciones o con otras palabras, una *quiebra biográfica de la identidad personal*, y una *percepción de incertidumbre identitaria* (Gil Calvo, 2004, 62). En concreto, podemos constatar que la coyuntura económica actual, con escasas y precarias posibilidades para independizarse para los jóvenes, crear una familia u ocupar una posición social, están retardando la integración de estos factores vitales les permitían identificarse (Navarro y Mateo, 1994, 10).

Nuevos caminos para la identidad...

Parece lógico pensar que estos fenómenos puedan estar generando nuevas formas de orientar la búsqueda de una identidad social sobre la que sustentar lo que somos en relación a otros, porque esto no deja de ser una necesidad de la persona. Sin embargo, esa identidad ya no viene definida por el estamento (adscrita y heredada) o, posteriormente, por la clase social (formada y negociable, conseguida y mantenida por méritos). Ambos sistemas sociales imponían a sus miembros unas determinadas pautas en función de su puesto en la escala (Bauman 2001). Hoy nos encontramos con un proceso de individualización de las decisiones vitales, puesto que uno mismo, la autorrealización pasa a convertirse en el objetivo prioritario. Así, *“elegir, decidir y configurar individuos que aspiran a ser autores de su vida, creadores de su identidad, son características centrales de nuestra era”* (Beck 1999, 13).

En concreto, en nuestros días, elementos identitarios como el estilo de vida, sobre todo en el caso de los jóvenes, parece más marcado por los gustos o las pautas de consumo⁴. Un ejemplo interesante para profundizar es el de los procesos de identificación en experiencias comunitarias como las tribus urbanas, que más que vinculadas en torno a una ideología, como en ocasiones ellos defienden, lo hacen en torno al consumo de determinados elementos materiales, culturales, estéticos⁵. También tendríamos el caso de los movimientos sociales. De hecho, estudiosos de los mismos destacan la importancia cada vez mayor de la identidad, puesto que los nexos que se crean entre los actores involucrados, y que son los que van a dar continuidad al movimiento, no se basan exclusivamente en la reivindicación de las mismas demandas, sino que existe un sentido compartido sobre la realidad [Ibarra, (2000); Tarrow (1997)]. Y esto puede constituir una salida para las demandas de identidad colectiva de muchos jóvenes.

A modo de conclusión

En un mundo con tantas opciones decidir se percibe como cortar la libertad de escoger todas las demás. Se busca una elección no vinculante, no comprometida y eso hace que sea una referencia precaria. Así, se pierde la capacidad de proyectar hacia el futuro porque el propio presente es incierto (Bauman, 2001). Parece como

⁴ Aunque no es objeto de este artículo, cabe señalar que la progresiva eliminación de los frenos al consumo, materiales, sociales y morales, ha conllevado una serie de riesgos para los jóvenes. Desde el desapego y la fragilidad de las relaciones, al hastío y necesidad continua de nuevas experiencias, a la pasividad y falta de esfuerzo entre otras. Puede profundizarse sobre este tema en la obra de Gil Villa, *Juventud a la deriva* (Gil Villa, 2007)

⁵ Sobre esta cuestión resulta interesante el artículo de Juan Claudio Silva *“Juventud y tribus urbanas”* en cuanto a que sostiene, entre otras, la tesis de que las tribus urbanas constituyen una reacción de los jóvenes frente a la masificación anónima de la sociedad que les toca vivir y un lugar donde construir su identidad personal y colectiva (Silva, 2002).

si pensar más allá del aquí y ahora constituyera una empresa de alto riesgo. A los jóvenes, tal y como señalan Berger, Berger y Kellner (1979), les cuesta planificar, y frente al control del tiempo o al satisfacción demorada prefieren una vida sin esperas, ni planes. Creo que esto resulta más que lógico teniendo en cuenta que es difícil planificar el futuro si no se puede saber con un mínimo de certeza donde o con quien se estará mañana, o qué se estará haciendo. Y son ellos los que más necesitan una estructura ideológica que simplifique el universo, les permita organizar la experiencia según sus capacidades y les ayude a verse cada vez más comprometidos (Erikson, 1968). Esa identidad ya no será cerrada, ni estará elaborada a partir de sistemas ideológicos definidos, sino que será fundamental que les permita *“orientarse, discenir y tomar decisiones en circunstancias plurales y cambiantes”* (Lozano, J. M. 1994). Esto no dejan de ser invitaciones para revisar nuestros procesos pastorales haciendo hincapié en estos elementos de la realidad de los jóvenes de hoy y en cómo estamos respondiendo a esas necesidades.

Para recoger en una idea gran parte de lo expuesto en este artículo, citaré a Martínez Sahuquillo, que destaca a distintos autores que se han mencionado aquí y que afirma que *“(...) apuntan a un proceso de subjetivización, privatización y consiguiente desinstitucionalización de la identidad en las sociedades industriales avanzadas. Y ello por razones estructurales: porque la sociedad es cada vez más abstracta, más lejana y ajena a la experiencia subjetiva de los individuos”* (Sahuquillo, 10).

Parece, por tanto, que seguimos necesitando la seguridad de una comunidad, aunque ésta haya sido sustituida por la búsqueda de identidad (Bauman, 2001). Que decir tiene que esto es una oportunidad para nosotros: como horizonte proponernos que en ese buscar identidad encuentren la comunidad. Hoy más que nunca tenemos que tratar de saber qué imagen ofrecemos cuando los jóvenes nos miran. Es un doble movimiento que nos implica por una parte, a revisar si tenemos claros nuestros cimientos, no perder nosotros al que es nuestra Referencia primera de identidad. Y por otra parte, vivir con la sana tensión de ser sujetos comunitarios significativos, ser uno para que ellos crean. No es que sea una experiencia bonita y llamativa para atraer su atención, es que los jóvenes hoy necesitan eso de nosotros... Otro tema es lo que nos supone de intemperie y que seamos capaces de ponernos en camino.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra 11
- BECK, U. (2004) *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- BERGER, P. L.; BERGER, B.; KELLNER, H. (1979). *Un mundo sin hogar*. Santander: Sal Terrae
- CANTERAS, A (coord.) (2004). *Los jóvenes en un mundo en transformación*. Madrid: Instituto de la Juventud
- ERIKSON, E. (1968), *Identidad, Juventud y Crisis*, Buenos Aires: Editorial Paidós
- GARCÍA SELGAS, F. (2004) "Por ahora seguimos en la posmodernidad". En: Canteras, A (coord.) *Los jóvenes en un mundo en transformación*. Madrid: Instituto de la Juventud
- GIL CALVO, E. (2004) "La matriz del cambio: Metabolismo generacional y metamorfosis de las instituciones". En: Canteras, A (coord.). *Los jóvenes en un mundo en transformación*. Madrid: Instituto de la Juventud
- GIL CALVO, E. (2004) "El retorno del realismo político como contramodernización reaccionaria" En: Canteras, A (coord.) *Los jóvenes en un mundo en transformación*. Madrid: Instituto de la Juventud
- GIL VILLA, F (2007). *Juventud a la deriva*. Barcelona: Ariel
- IBARRA, P. (2000) "¿Qué son los movimientos sociales?". En: IBARRA, P; GRAU, E. *Anuario de Movimientos Sociales 1999. Una mirada sobre la red*. Barcelona: Icaria, p. 9- 26
- MARTÍNEZ SAHUQUILLO, E. (2006). "La identidad social como problema social y sociológico". *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*. Nº 722 p.811-824
- NAVARRO, M.; MATEO, J.M. (1994). "Jóvenes y juventud" *Documentación Social* nº 95 p. 9- 22.
- NAVARRO, P. (2004) "La modernidad ha muerto, ¡Viva la modernidad!" En: Canteras, A (coord.) *Los jóvenes en un mundo en transformación*. Madrid: Instituto de la Juventud
- SILVA, J.C. (2002). "Juventud y tribus urbanas: En busca de la identidad" *Última década*, nº 17 p. 117-130
- TARROW, S. (1997). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza

Artículo publicado en RPJ nº 459-460 (2010)
Helena Román Alonso (Adsis)